

## *Purple girl*

*Úrsula. Antes de mi nombre, Úrsula. ¿Quién era antes de ser Úrsula?*

Era la jefa del sector desde hacía once años. Se decía que ella misma había creado los protocolos disuasorios del Sector Sur, buscado las variantes del comportamiento disruptivo de los habitantes del Barrio 3 e ideado el plan de retorno a la estabilidad. En Central habían estado muy preocupados, una ciudad inteligente no podía permitirse cambios de patrones del comportamiento sin el control adecuado. Aquella cría de veinte años solucionó lo que ni las inteligencias autónomas ni los jefes más experimentados habían conseguido frenar. A los pocos meses se hizo cargo de su primer equipo de vigilantes, un proyecto experimental. Hasta aquel entonces todos los grupos de trabajo contaban con dos humanos al mando y cuatro sujetos artificiales. Ella fue la primera en liderar un equipo enteramente compuesto por androides. Tenía permiso para reprogramarlos a su antojo. Se había convertido en el cerebro de la estabilidad de los barrios del Sector Sur.

Nació allí, en el Sector Sur, en el Barrio 7. Nunca conoció a su padre porque en los barrios de crianza intensiva se había decidido contar exclusivamente con las madres por cuestiones de productividad. Los niños y niñas se quedaban hasta los quince años en casa, pero lo de ella fue un caso especial, su inteligencia estaba por encima de la media. A los seis años se despidió de la mujer que, según sus datos de identidad, era su madre.

Nunca la volvió a ver, a su madre, y posiblemente no la viera nunca más. Nunca regresaría a un barrio de natalidad. Estaba afectada por el gran mal de la esterilidad. Cuando cumplió dieciocho años se sometió al examen de fertilidad y el resultado fue negativo. Se alegró. No quería ser madre. Quería seguir con sus números, sus estadísticas, sus juegos de estrategia y su vida tranquila y estructurada.

Aquel día caminaba desde La Torre hacia el gimnasio. Entrenaba lunes, miércoles y jueves. Una vigilante, incluso un cerebro como ella, debía mantenerse en forma, aunque no congeniara con “el músculo” del Cuerpo de Vigilancia. Tenía un expediente sin mácula, ni una sola falta. Era inteligente y obstinada, una persona peligrosa, en principio. Sin embargo, habían hecho un buen trabajo con ella. De la niña revoltosa y desafiante que habían recogido en aquel barrio de crianza de un distrito marginal ya no quedaba nada. Ella era la ciudadana ejemplar, ni siquiera se desviaba de las rutas marcadas por su chip guía. Nunca llegaba tarde.

Era un día igual que cualquier otro. Llegaba puntual por el camino de siempre a la cita con su rutina de entrenamiento. Era otoño y los colores ocres lo inundaban todo. Si no hubiera tenido prisa, habría aminorado el paso para disfrutar del sonido de las hojas bajo sus pies. Cuando ya abandonaba el parque divisó en el suelo un objeto extraño, algo que no debía estar allí. Era rectangular, verde, con una foto de un lugar que no reconocía y que, desde luego, no se parecía en nada a Polis. “Japón”, se podía leer. Sabía lo que tenía entre las manos. Lo había visto en imágenes, pero... Era un libro. Lo cogió, lo toqueteó, lo olió, lo volvió a toquetear y lo abrió con cautela. En la parte superior derecha alguien había escrito algo: Elba. Era la única palabra que no formaba parte de los caracteres impresos, alguien lo había puesto allí premeditadamente. ¿Era un mensaje cifrado? ¿Un código de identificación? ¿Qué era aquello?

—¿Está pensando en viajar, agente? —preguntó una voz a su espalda.

Se giró y se encontró con una mujer. Le llamó la atención su abrigo púrpura oscuro. No era un color vivo, pero no era el habitual negro o gris que solía verse por la zona. La chica sonreía, pero estaba tensa. Lo sabía. Pasaba demasiado tiempo analizando el comportamiento de los demás como para no darse cuenta de que aquella mujer intuía que no debería haber vuelto a por su objeto perdido, si este había caído en manos de una vigilante.

—¿Dónde está Japón? —formuló la agente.

La chica del abrigo púrpura, sin duda, no esperaba esta pregunta. Tras unos segundos de un silencio incómodo, la misteriosa mujer guardó el libro en el bolsillo interior del abrigo, dio educadamente las gracias a la vigilante y se marchó intentado no acelerar el paso.

*Lo lógico era que te hubiera pedido la documentación, localizarte. ¿De dónde habías sacado ese libro? ¿Por qué lo leías? ¿Querías ir a Japón? ¿Acaso tenías autorización para abandonar Polis? Eso era algo imposible. Solo los equipos de exteriores y algunos vigilantes tenían salvoconducto en la frontera. Cuántas cuestiones estaba autorizada a preguntarte y no lo hice.*

*Mi mente estaba pensando demasiado deprisa, como cuando era pequeña y todos mis pensamientos se ramificaban, se multiplicaban y todo lo que aquella profesora nos contaba me parecía demasiado simple. Estaba tan descolocada que no pensé en que aquel encuentro había variado mi rutina. Llegaba tarde al gimnasio, más de diez minutos tarde. Y, desde luego, no pensé que los vigilantes también pueden ser vigilados.*

En Polis había pocas prohibiciones, no eran necesarias. ¿Por qué prohibir una acción cuando puedes evitar que se produzca? Podías leer, pero lo preestablecido. Los libros en papel hacía tiempo que habían desaparecido del mercado primario, eran de tiempos anteriores a Polis. No obstante, el coleccionismo de objetos antiguos se contemplaba como una afición aceptable, pero rara. Alguien así solía formar parte de las listas naranjas; no era un peligro grave, pero demostraba una voluntad personal por encima de la media recomendada por las autoridades. Y, aunque la ficción tampoco estaba prohibida, no era promovida. Se fomentaba la verdad y la antigua literatura se presentaba como algo corrompido y deformado. Sí se promocionaba la historia ficcionada, la historia oficial. Las series audiovisuales históricas eran el gran entretenimiento de los ciudadanos de la urbe. Nadie imaginaba, nadie pensaba en lo que había más allá del muro o en las verdaderas razones que llevaron al aislamiento de Polis. ¿Para qué darle vueltas? No se podía salir de la ciudad y, por otro lado, la vida allí no estaba tan mal. Lo importante era encajar en el presente. Y de eso se encargaban también los vigilantes, de estabilizar el presente.

El equilibrio psicológico de la vigilante pasaba por sus estrictos horarios. Sin embargo, ese día no pudo conciliar el sueño. Casi no había podido concentrarse en terminar la tabla de ejercicios en el gimnasio. Sacó de uno de los cajones de su escritorio una antigua libreta para poder apuntar el torrente de pensamientos que la aturdió. El cuaderno estaba repleto de operaciones, fórmulas matemáticas, gráficos y mapas mentales. Esa libreta era de las pocas distracciones que le permitían tener. Es lo que le recomendaron sus mentores para calmar su “ruido mental”.

La chica del abrigo púrpura era un caso extraño, empezando por la propia vestimenta. Era un sujeto para investigar. El libro era un punto caliente, un libro sobre un lugar y un tiempo anteriores a Polis. Un texto que no había pasado por las Oficinas de Verificación, no tenía el sello.

Ya había acabado hace unos meses con unos cambios estéticos en los habitantes del Sector Este. Simplemente había que institucionalizar una moda y vigilar la tendencia durante un tiempo. La presencia del libro era más complicada, había muchas preguntas, pero sabía cuáles hacerse. Lo peor del encuentro con aquella mujer eran esas cuatro letras: Elba. Se devanó los sesos durante toda la noche. E-l-b-a.

A la mañana siguiente tenía un aspecto horrible, le pesaban los ojos y la cabeza amenazaba con estallarle en cualquier momento. Era ya casi la hora de ir a trabajar. No solía tomar café, pero aquel día tuvo que parar a comprar un café antes de entrar a su oficina de La Torre.

Era un día tranquilo, no había previsiones de eventos especiales y ningún aviso de las vigías adjuntas en los barrios. Programó las tareas de sus subordinados y se encerró en su despacho. Solía dejar la puerta abierta, pero esta vez no quería que la molestaran. Iba a encontrar a aquella chica. No tendría que haberla dejado ir sin pedir su identificación.

Tras horas buscándola, no encontró nada. Era desesperante. Estaba perdiendo los papeles. Había contestado de muy malas maneras al adjunto de dirección. No lo soportaba. Era un pesado. Todos los días quería acompañarla a casa. Ella se escabullía amablemente. Aquel día, sin embargo, le faltó cerrarle la puerta en las narices.

El turno regular había dejado ya La Torre, pero ella seguía en su despacho. No había comido nada en todo el día. Sentía una asfixiante presión en el pecho. Estaba fallando, nunca se le había resistido nada ni nadie. Ningún sujeto registrado como portadora de un abrigo púrpura y ningún resultado con la palabra “Elba” ¿Cómo podía ser que nadie hubiera registrado a un sujeto como aquella chica en ninguna lista? Ella la pondría, por lo menos, en una amarilla. Ninguno de los filtros de búsqueda la acercaba en lo más mínimo. “Mujer, rango de edad entre veinticinco y treinta y cinco, cabello castaño claro, ojos azules, estatura media, peso medio”. Desesperante. Aquella mujer era tan normal que podría ser cualquiera. Aunque, no obstante, se la había encontrado en una zona cercana al barrio gubernamental. Podría ser... Mujer, rango de edad entre veinticinco y treinta y cinco, cabello castaño claro, ojos azules, estatura media, peso medio, Barrio 1, Distrito Norte. Nada. Todavía aparecían demasiados resultados. Se volvió a concentrar en su recuerdo de aquella mujer. Algún rasgo diferencial debía estar registrado. ¡Sus ojos! Los entrecerraba demasiado. Miopía. Veintiocho resultados. ¡La tenía!

“Sujeto HA4792”. Vivía en el Barrio 1 del Distrito Norte. Anochece ya, pero no podía esperar.

*Me decía a mí misma que tenía que enmendar el fallo del día anterior, que tenía que interrogarte. Pero me estaba engañando. Para empezar, ni siquiera registré tu ficha en la lista amarilla, aunque, visto lo visto, debería haberte metido directamente en la lista roja y haber pedido refuerzos.*

Planta 34, puerta G. Llamó una vez a la puerta. Nada. Otra vez. Pasos. Silencio. Pestillo. Allí estaba, la chica del abrigo púrpura, aunque esta vez con unos pantalones viejos de deporte, una sudadera, el cabello despeinado y las gafas que la delataban como miope. La vigilante lo notó enseguida, la mujer estaba asustada.

—¿Qué significa “Elba”? —preguntó la agente.

Silencio.

—¿Ha venido hasta aquí para hacerme esa pregunta? —La chica no salía de su asombro, una sonrisa socarrona apareció en su rostro—.

*Se te dibujó esa sonrisa torcida, la que pones cuando te pica la curiosidad por algo. Ya que te iba a detener, por lo menos ibas a jugar conmigo un rato. Cuando me invitaste a pasar a aquel colorido caos de libros, papeles y todo tipo de objetos decorativos no identificados, mi mente empezó verdaderamente a dar vueltas. No estaba acostumbrada al desorden.*

—Si está aquí, es porque ya lo sabe, ¿verdad, agente? Es verdad, “Elba” son las siglas de nuestra asociación revolucionaria. Lo tenemos todo preparado para tomar los medios de difusión. Los hemos planeado durante años. ¿Acaso no pensó que el encuentro del otro día en el parque no era fortuito?

La vigilante no estaba desde luego preparada para eso, pero aplicó el protocolo como pudo.

—No pensaré que yo estoy aquí también por casualidad. Será mejor que avise a sus compañeros, todas las unidades están en alerta. Estáis rodeados—. Consiguió articular con una determinación que no tenía.

La declarada terrorista comenzó a reírse a mandíbula batiente.

—Es usted muy graciosa, agente. Me gustaría seguir con esto, pero no me apetece ser detenida por terrorismo, por el momento. —La vigilante estaba desconcertada— ¿Si le digo lo que significa “Elba” pasará por alto mis pequeñas faltas de humana imperfecta que soy? —Suspiro—. Elba es simplemente mi nombre.

La agente se quedó un momento sin saber qué contestar. No se esperaba aquella respuesta.

—Sabía que antes de Polis las personas tenían un nombre además de su número de identificación, pero se suprimió ese sistema. Los nombres no son útiles.

—¡La utilidad! Claro, es lo único que importa. —La chica parecía muy molesta—. ¿Sabe una cosa? Usted y yo jamás podremos tener una relación de iguales. ¿Sabe por qué? Porque no tiene una identidad propia, solo es un peón útil, un número. Yo soy Elba. ¿Quién es usted? —A la vigilante la confundían el enfado y las palabras de aquella chica—. Es una pena, agente. —Comenzó a masajearse frenéticamente las sienes— Es muy tarde, debería marcharse. Y si van a detenerme, háganlo, pero no me persigan más. —La guio hacia la salida y cerró de un portazo—.

Ya había pasado la hora del toque de queda diario cuando se vio a una vigilante caminar por el pasaje que separaba el Distrito Norte del Central. Algo muy poco común en aquella ciudad, lo de los paseos nocturnos. En la planta 34 de un exclusivo edificio del Distrito Norte la chica que guardaba un abrigo púrpura en el armario lloraba mirando el horizonte de luces, su particular cárcel.

El sujeto HA4792, Elba, había nacido en el seno de una familia influyente y adinerada de Polis. Su padre había sido durante años Secretario de Conducta del Ministro de Pacificación y ahora estaba inmerso en una campaña para ascender. Su madre había sido

una prestigiosa profesora de filosofía, una materia restringida que solo cursaban los hijos de la élite política. La pequeña Elba era una niña muy curiosa, siempre quería comprenderlo todo y si no obtenía la respuesta de los adultos, la buscaba en los libros de la gran biblioteca de su casa. Los libros fueron su gran consuelo cuando su madre murió, ella solo tenía catorce años. La hija rara del Secretario era la comidilla de muchos, pero nadie le prestaba realmente atención, era un ser inofensivo.

La prometieron con el hijo del Secretario de Tecnología de la Vigilancia, pero cuando se supo de su infertilidad al pasar la prueba de los dieciocho años, el compromiso fue cancelado. Se negaba a ser profesora de los hijos de la élite, pedía poder impartir clases a cualquier persona que lo solicitase. Su padre casi no le dirigía la palabra. No podía echarla de casa, se vería relacionado con cualquier problema que ella pudiera ocasionar. Le compró un apartamento donde trasladaron algunos de los libros de la biblioteca. Aunque fuera una mujer inservible, por lo menos no le crearía problemas.

Aquella noche, Elba lloraba de rabia e impotencia. Odiaba a su padre y a todos los que eran como él, odiaba a esa estúpida vigilante entrometida que solo usaba su inteligencia para hacerle el juego a gente como su padre, pero, por encima de todo, se odiaba a sí misma. Era una cobarde y una hipócrita.

Lo que Elba no sabía es que la aparentemente impasible vigilante no había parado de pensar en sus palabras en toda la noche y que, desde que tenía uso de razón, sintió la soledad, un gran abismo de nada. Estaba sola y no era nadie.

*El trabajo, el eje sobre el que había girado siempre mi vida, se convirtió en algo insoportable. Dejé de ver a las personas como números y comencé a preguntarme por todos y cada uno de los individuos que investigaba. ¿Quiénes eran más allá de las pautas que les teníamos marcadas? Alrededor de las inteligencias autónomas y de los otros vigilantes humanos de La Torre me sentía incluso más sola que cuando estaba acurrucada en mi cama. Necesitaba verte de nuevo.*

Pasaron varias semanas y la vigilante ya había perdido la esperanza de volver a ver a aquella mujer. Sin embargo, un día, cuando regresaba a casa, atisbó un abrigo púrpura. Elba la había estado esperando toda la tarde en el mismo camino del parque donde se vieron la primera vez. Intuía que la agente era de costumbres fijas y no se equivocó. Le había preparado un bizcocho para disculparse. Más allá de sus dramas personales, había puesto sus esperanzas en poder cultivar una amistad.

—Se ha retrasado, agente. —Elba sonreía—. ¿Querría venir a casa a merendar conmigo?

*Era la primera vez que me saltaba mi rutina de gimnasio, estaba dejando todo un reguero de pistas para los que seguían mis pasos. Lo siento por haber sido tan ingenua, Elba.*

Durante la merienda, la vigilante creyó hablar más de lo que lo había hecho nunca. Le preguntó a Elba sobre su madre. Quería saber cómo era ser criada por alguien que te quiere. Ella no se acordaba de su madre y desde que comenzó a preguntarse quién era, había llegado a la conclusión de que la relación entre madre e hija era un potente lazo que nunca había vivido o, por lo menos, no lo recordaba. ¿Si se acordara de su madre recordaría haber sido otra persona antes de la que era ahora? La vigilante estaba hecha un lío. Elba simplemente la escuchaba. Aquella mujer de gesto grave y naturaleza callada ahora no paraba de hablar mientras se rascaba compulsivamente las manos. La historia que le estaba contando la sobrecogía. ¿Cómo habían sido capaces de separar a una niña

tan pequeña de su madre? No podía dejar de pensar en que seguramente habría sido alguna unidad dirigida por su padre la que había decidido que una niña con altas capacidades cognitivas debía ser reconducida en su conducta por el bien de la ciudad. Y tuvo suerte de dejarse reconducir, o habría acabado en un Centro de Reeducción.

—No sé quién soy. —Las lágrimas fluían sin parar por el rostro de la agente—.

Elba recordó lo mucho que la reconfortaba que su madre la abrazara cuando estaba triste y pensó que quizás eso era lo que necesitaba la vigilante.

—Es muy difícil contestar a esa pregunta, agente, yo me la llevo haciendo toda la vida y todavía tengo mis dudas. Sí sé una cosa, a partir de ahora es usted mi amiga. —Elba abrazó con dulzura a su compañera, que se deshizo en un llanto fluido y silencioso—.

Las dos mujeres se hicieron inseparables. La vigilante seguía trabajando con la profesionalidad que la caracterizaba, pero vivía un poco más en las nubes y no paraba de darle vueltas a la lectura que Elba le hubiera dejado aquel día.

*Me habías dejado un libro de ficción de tu género favorito. Decías que para entender la realidad a veces había que darle la vuelta y deformarla y que, por eso, te encantaba la ciencia ficción. Habíamos estado hablando sobre los conceptos de género y sexo y había leído a muchas teóricas. Entonces me diste aquella novela, La mano izquierda de la oscuridad. Era de una de tus escritoras favoritas, Ursula K. Le Guin. Había sido una autora fructífera, pero tu madre guardaba muy pocos títulos de ella en la biblioteca. En una época anterior a la formación de Polis, los libros escritos por mujeres habían sido prohibidos y muchos fueron quemados.*

—Tengo demasiadas cosas que comentar sobre este libro, Elba. Creo que necesito leérmelo de nuevo. ¿Tienes más novelas de esta autora?

Elba apoyaba su cabeza sobre las piernas de la vigilante, que no dejaba de hojear el libro que tenía entre manos.

—Puedo dejarte *Lavinia*. Aunque para leer *Lavinia* será mejor que primero hablemos sobre la *Eneida*. Y no tengo ganas de hablar del estúpido de Eneas. —Se desperezó, cerró los ojos y respiró hondo—. Quiero hablar sobre el amor, Úrsula. Sobre eso trata ese libro que tanto te ha gustado, ¿no crees?

—¿Quién es Úrsula? —Se sobresaltó la vigilante—.

—¡Tú eres Úrsula! Úrsula, Úrsula, Úrsula. —A Elba le brillaban los ojos— ¡Me encanta ese nombre! Ahora eres Úrsula, vigilante de día, amiga, lectora nocturna con premeditación y alevosía.

Elba siguió hablando y riendo con sus ocurrencias y sus historias, pero Úrsula ya no la escuchaba. Cuando su amiga la nombró se sintió más sólida, su yo ahora se concentraba en aquella palabra, una palabra que solo conocían ellas y que le daba una identidad que las unía inexorablemente.

—Tierra a planeta Úrsula, ¿me reciben?

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —Úrsula se tapó el rostro con las manos ante las emociones que no estaba siendo capaz de controlar—.

—Por supuesto. —Sonrió Elba, complacida—. Eres un significado demasiado importante para mí como para no tener un significante igual de importante.

Cogió las manos de Úrsula para poder verle la cara. Esa expresión sí que no se la esperaba. “No es algo que no hayas querido hacer antes, querida”, pensó para sí misma Elba. Un beso suave, otro un poco más intenso. Silencio invadido por respiraciones aceleradas. Ya no había vuelta atrás. Más tarde ambas reían sobre lo inútil que era la relación sentimental entre dos mujeres que, para colmo, eran estériles. Un insulto para una sociedad obsesionada con la procreación.

—Menos mal que te tenemos a ti como tapadera, señora jefa de vigilancia—concluyó Elba—.

*No quería que nuestros últimos días juntas fuesen tristes, no podía decirte que nuestra despedida era inminente. Tampoco sabía si nos estaban vigilando de manera intensiva. Si te decía algo corríamos el riesgo de que nos intervinieran inmediatamente. Creo que he sido monitorizada desde el mismo día en que empecé a trabajar, pero nunca me di cuenta, nunca antes había variado mi conducta hasta que te conocí. Tenemos una ventaja, pues ellos están convencidos de que yo sigo sin saber que me vigilan. Vamos a jugar esa baza.*

Elba encontró la carta encima de la mesa de escritorio. Úrsula le había dicho que, tras leer *Lavinia*, se había sentido inspirada para escribir una pequeña reflexión. Aquella tarde había estado rara, poco habladora, buscaba besos y abrazos a cada momento y parecía no interesarle lo más mínimo lo que Elba tenía que contarle sobre la *Eneida*.

*Irán a por ti, Elba, pero primero me buscarán a mí. Tú no eres un peligro demasiado grave, pero tampoco saldrías impune. Si haces lo que te he dicho, mañana serás una mujer libre. No sé lo que te vas a encontrar ahí fuera, pero sí sé que por fin serás dueña de ti misma. ¿No es eso lo que tanto deseábamos? Espero que puedas encontrar más libros escritos por Ursula y que te acuerdes de mí si algún día conoces Japón.*

*Elba, dormía y tú me despertaste. Gracias.*

*Te quiero, chica del abrigo púrpura.*

*Úrsula.*

La supuesta vigilante H313.U cruzó la barrera de seguridad de la Puerta Sureste el 21 del mes sexto del año 266. Los registros centrales confirmaron que aquel día, entre las siete y las ocho de la tarde, ese perfil de vigilante con salvoconducto en la frontera estaba activo. Más tarde, cuando comenzaron las pesquisas, la ficha de identidad se había evaporado del sistema. Los guardias fronterizos informaron de que el sujeto vestía un abrigo de color púrpura.